

Declaración sobre los grandes incendios forestales de 2025 en la Península Ibérica de la “Red Temática Internacional sobre Incendios Forestales” (FUEGORED)

Introducción

El verano de los megaincendios

Para España y Portugal, el verano de 2025 ha sido trágico, estableciendo un antes y un después en la historia de los incendios forestales europeos. Apenas en unas pocas semanas, se han quemado más de 640.000 hectáreas, cerca del 1% del área total de la Península Ibérica. En España, los incendios han afectado a 380.000 hectáreas, lo que hace de este año el quinto más nefasto desde 1968, año desde que se tienen registros. En Portugal, el número llega a 260.000 hectáreas, lo que equivale a casi cinco veces la media histórica para este periodo del año. Y a día de hoy el riesgo sigue y puede hacer aumentar la superficie quemada, pues con el cambio climático también el otoño puede ser una estación con incendios abundantes.

Los fuegos forestales han sido particularmente graves en el norte y oeste de la Península Ibérica afectando a espacios naturales protegidos como los Parques Nacionales de Peneda-Gerês (en Portugal) y Picos de Europa (en España). En España, más de 36.000 personas han tenido que ser evacuadas y la perturbación ha afectado a diversos tipos de hábitats naturales de interés, esenciales para centenares de especies protegidas. La razón fundamental ha sido una ola de calor sin precedentes, que se extendió por 16 días y mostró un desvío térmico de +4,6 °C en comparación con el clima preindustrial. En estas circunstancias, los incendios extremos ocurren con mucha más frecuencia.

Sin embargo, el cambio climático no actúa de manera aislada. La combinación de la despoblación rural, el abandono de actividades tradicionales (como la recogida de leña, el pastoreo, etc.) y la acumulación de vegetación seca ha producido un cóctel explosivo. En este escenario, el 90% de los incendios cuyo origen se conoce son causados por seres humanos. Debido a la gravedad de los efectos del fuego, por primera vez España ha hecho uso del

Mecanismo de Protección Civil de la Unión Europea para pedir ayuda en la lucha contra los incendios, pero esto no ha impedido los daños. Esta crisis pone de manifiesto la necesidad de un cambio radical en la manera en que comprendemos, prevenimos y manejamos el fuego.

En la Península Ibérica, la ordenación del territorio es una herramienta esencial para gestionar los grandes incendios forestales, especialmente en áreas con problemas de despoblación. El abandono rural genera acumulación de combustible vegetal, pérdida de mosaicos agroforestales y continuidad de masas arboladas altamente inflamables. Una ordenación adecuada permite recuperar usos agrarios y ganaderos que actúan como cortafuegos naturales, promover paisajes en mosaico más resilientes y planificar la localización de infraestructuras críticas, accesos y zonas de protección alrededor de los núcleos habitados. Asimismo, fomenta la diversificación económica y el asentamiento de población, reduciendo el abandono y garantizando un manejo activo del territorio. En un contexto de cambio climático, donde las olas de calor y las sequías intensifican el riesgo, la ordenación territorial integra prevención, adaptación y desarrollo rural sostenible, convirtiéndose en un instrumento clave para frenar la propagación de incendios y reforzar la resiliencia socioecológica de las zonas afectadas

Por qué es necesaria una declaración científica

La magnitud del reto que suponen los incendios forestales de grandes dimensiones requiere una respuesta informada, rigurosa y multidisciplinaria. No es suficiente con fortalecer los métodos de extinción ni con identificar culpables individuales. Es necesario entender que el fuego es un suceso social, climático y ecológico que necesita una gestión integral del territorio.

Desde la Red Temática Internacional sobre Incendios Forestales (FUEGORED), creemos que es fundamental hacer esta declaración para brindar propuestas específicas, claridad y evidencia. La resiliencia ecológica tiene como fundamento los suelos, y si estos se deterioran, la biodiversidad, los servicios ecosistémicos y la recuperación del paisaje se ven amenazados. La ciencia debe ayudar a cerrar la brecha existente entre lo urbano y lo rural fomentando una cultura del fuego que comprenda y valore su papel natural y cultural en nuestros ecosistemas.

Esta declaración se suma a la labor colaborativa dirigida por la Fundación Pau Costa, en los hallazgos del Foro Nacional sobre Grandes Incendios Forestales y en las pruebas científicas obtenidas por el CSIC y diferentes entidades académicas. Es un llamamiento a incluir la ciencia en el proceso de decisión, a legislar con una perspectiva preventiva y a crear paisajes vivos capaces de coexistir con el fuego sin sucumbir a él.

Este documento es una declaración del compromiso de FUEGORED con la ciencia, la población y el territorio. Instamos a los ciudadanos, gestores públicos y líderes políticos a utilizar esta declaración como fundamento para edificar un futuro más resistente al fuego.

Declaración

1. El fuego altera profundamente la salud y calidad de los ecosistemas

El fuego, especialmente bajo el régimen actual de incendios forestales, tiene un impacto permanente en la estructura, química y biología del suelo, lo que afecta a su capacidad para mantener la vida de la flora y fauna, almacenar agua, capturar carbono y soportar alteraciones futuras.

El fuego altera la estructura del suelo, lo que ocasiona que este se compacte, pierda porosidad y aparezca la repelencia al agua. Esto disminuye la infiltración y eleva la escorrentía, elevando el riesgo de erosión, particularmente en áreas con pendientes abruptas, lo que se traduce en una pérdida masiva de nutrientes y materia orgánica. Además, la actividad de los microorganismos se ve fuertemente alterada, lo que tiene un impacto directo en la regeneración de la cubierta vegetal y los ciclos biogeoquímicos.

Acciones como la tala de árboles quemados o el pisoteo por operarios y maquinaria, aunque inevitables a veces, pueden empeorar las condiciones: se modifica la red trófica, se pierde materia orgánica y el riesgo de erosión aumenta. Por el contrario, mantener parte de la madera muerta in situ favorece la regeneración, la biodiversidad y la retención de humedad. La gestión post incendio debe ser cuidadosa, adaptada al contexto ecológico y orientada a conservar la funcionalidad del ecosistema.

2. Las igniciones intencionadas solo son la chispa: el abandono del territorio es el verdadero combustible

Aunque los pirómanos (7%), los incendiarios (sobre el 50%) y las negligencias humanas o accidentes (alrededor del 30%) son responsables de la mayoría de los fuegos (90%), el verdadero problema es estructural: la acumulación de vegetación sin gestionar y la despoblación rural convierten el paisaje en un polvorín. Más importante que la causa de la ignición es la causa de la propagación.

La criminalización de personas con enfermedades mentales o el señalamiento de incendiarios como chivo expiatorio oculta el abandono forestal y agrario, lo cual aumenta el riesgo, particularmente en el contexto actual de cambio climático. Los paisajes han pasado a ser continuos y homogéneos, generando paisajes inflamables y vulnerables debido al descenso de la ganadería extensiva, la disminución del pastoreo y el decrecimiento de la población rural. Recuperar prácticas de gestión tradicionales, promover el consumo de productos locales y restaurar el mosaico agroforestal son las prioridades de la prevención.

3. La gestión forestal debe ser preventiva, adaptativa y sostenida

Es urgente que cada año se gestione, como mínimo, una superficie forestal en torno al 1%, poniendo en primer lugar áreas estratégicas y asignando recursos constantes para tal fin.

Tres tácticas son sugeridas para lograr una selvicultura adaptativa: resistencia (disminuir la vulnerabilidad), resiliencia (favorecer la recuperación) y transición (dirigir los ecosistemas hacia nuevos estados con mayor sostenibilidad). Esto abarca la poda, el pastoreo ecológico, los claros, las quemaduras prescritas, la regeneración natural asistida, para así favorecer los bosques mixtos y la biodiversidad. Para lograrlo, es imprescindible aumentar la inversión anual, teniendo en cuenta la participación de la sociedad y una planificación a múltiples escalas.

4. Protección de la interfaz urbano-forestal

Es esencial planear y conservar infraestructuras de protección en áreas de la interfaz urbano-forestal, así como implementar estrategias de autoprotección para urbanizaciones e instalaciones.

El riesgo para las vidas y propiedades humanas ha crecido debido a la expansión de poblaciones y ciudades hacia áreas boscosas. Es necesario implementar pistas de acceso, cortafuegos, puntos de agua y planes de evacuación. En urbanizaciones de alto riesgo, la autoprotección tiene que ser obligatoria, con respaldo financiero y técnico por parte de las administraciones. Es en estos espacios donde es necesaria una mayor vigilancia y detección temprana de fuegos mediante tecnologías emergentes e innovadoras. Ello incluiría. Sensores IoT, drones, redes UAV, tecnologías satelitales, etc.

5. Conservación de la biodiversidad compatible con la gestión del fuego

La conservación de la biodiversidad debe integrarse en las estrategias de prevención, restauración y gestión adaptativa del paisaje.

Los incendios ocurridos en 2025 han arrasado con tipos de hábitats esenciales para la conservación de centenares de especies, muchas con niveles de protección alto. La administración preventiva tiene que estudiar y preservar los regímenes naturales de fuego, y garantizar la protección de los valores ecológicos según su nivel de resiliencia. La fauna, la dispersión de semillas y la regeneración vegetal se benefician si se mantienen los árboles quemados. La restauración tiene que dar prioridad a las especies que recolonizan y evitar reforestaciones uniformes y homogéneas.

6. Revitalización del mundo rural como estrategia preventiva

Fomentar un mundo rural vivo, con un sector primario sostenible, es clave para reducir el riesgo de incendios y recuperar el control sobre el paisaje.

La administración forestal tiene que contemplar el respaldo a los aprovechamientos rurales tradicionales, la ganadería extensiva, el pago por servicios ecosistémicos y los estímulos fiscales. El pastoreo disminuye la biomasa susceptible de quemarse y promueve paisajes abiertos y con gran diversidad biológica. Como estrategia de prevención a nivel estructural, la reactivación del mundo rural es cada vez más necesaria. Se debería potenciar la diversidad de usos del monte, como la recolección de setas, castañas, piñones, etc. y valorizar el espacio forestal más allá de la producción de madera.

7. Transparencia y datos para la toma de decisiones

Es indispensable contar con estadísticas anuales actualizadas sobre incendios, que incluyan información acerca de la extinción, la prevención, los costos y el comportamiento del fuego.

La carencia de información obstaculiza el análisis de la efectividad de la gestión y, en último extremo, de las políticas en que ésta se sustenta. Se sugiere un sistema de información nacional que posibilite saber cuántas y qué tan amplias son las acciones preventivas, cuál es el costo de las operaciones y cuál es el impacto en términos ecológicos de los incendios. Para guiar la gestión, es necesario que la ciencia tenga acceso a esta información.

Además, es crucial profundizar en el conocimiento de las causas de los incendios forestales, ya sean intencionados, por negligencia o accidentales, para mejorar las estrategias de prevención, responsabilización y respuesta pública, haciéndolas más eficaces e informadas.

En este sentido, resulta pertinente reforzar y uniformar el sistema de registro existente, que, aunque ya recopila esta información, no cubre de manera homogénea todo el territorio ni todas las jurisdicciones. La creación de un registro nacional (o ibérico) estandarizado y accesible es, por tanto, fundamental para fortalecer la transparencia, la prevención y la eficacia de las políticas públicas.

8. Educación, comunicación y cultura del fuego

Fomentar una cultura del fuego que reconozca su papel cultural y natural, y que promueva la corresponsabilidad de los ciudadanos en lo que respecta a la prevención y gestión de riesgos es esencial.

El fuego es un agente que ha moldeado el paisaje mediterráneo desde hace miles de años, siendo una de las bases de la evolución de sus ecosistemas. En la actualidad, la sociedad lo considera una amenaza absoluta, lo que nos ha llevado a desarrollar políticas de supresión total que, paradójicamente, aumentan el riesgo de grandes incendios forestales ya que se consiguen apagar sobre el 99% de los conatos pero ese 1% que se convierte en gran incendio es causante de casi dos tercios de la superficie quemada anualmente. Hay que recuperar una

cultura del fuego que reconozca su papel ecológico, y que favorezca la corresponsabilidad entre ciudadanos, gestores y científicos. Esto significa campañas de sensibilización, capacitación técnica, educación ambiental en escuelas y medios de comunicación que enseñan que el fuego no siempre es destructivo y que vivir con él necesita preparación, conocimiento y manejo ya que debemos ser conscientes que tarde o temprano, los incendios forestales nos tocarán directamente. Por ello, buscamos estimular la participación ciudadana activa a la nueva realidad que nos haga estar preparados y reducir nuestra vulnerabilidad social, así como promover herramientas de recuperación y reducción de costes y daños para mejorar la resiliencia de las zonas afectadas.

9. Integración legislativa y gobernanza a múltiples escalas

La gestión del fuego ha de incorporarse a políticas estatales, europeas y sectoriales, anticipando y financiando la prevención como una prioridad estructural.

Los incendios forestales deben dejar de ser considerados únicamente como emergencias, y deben integrarse como un factor más a tener en cuenta en la planificación territorial, agraria, urbana y ambiental. Esto implica una gobernanza a múltiples escalas que integre administraciones locales, autonómicas, estatales y europeas, con la participación de comunidades rurales, científicos y técnicos. La legislación debe asegurar una financiación para la prevención, integrar el riesgo de incendio en la ordenación del territorio y reconocer los servicios ecosistémicos de los paisajes bien gestionados.

10. Restauración ecológica integral de las zonas quemadas basada en ciencia

La restauración tras un incendio debe orientarse a recuperar la funcionalidad ecológica del paisaje, no solo su apariencia, y debe basarse en criterios científicos adaptados al contexto local.

Después de un incendio, la presión política y social lleva a menudo a reforestaciones rápidas y uniformes que empeoran el problema. La restauración debe favorecer la regeneración natural, dejar madera quemada en pie, promover la biodiversidad y prevenir la compactación del suelo. Las decisiones se deben guiar por estudios ecológicos del tipo de vegetación, salud del suelo, régimen histórico de fuego y capacidad de recuperación del ecosistema. Restaurar no es reforestar: es reconstruir procesos ecológicos de vida. Son necesarios equipos multidisciplinares para realizar estas evaluaciones y propuestas locales de actuación.

11. Recuperar regímenes de perturbación naturales

El fuego y los herbívoros son agentes de perturbación naturales que han dado forma a los ecosistemas mediterráneos. La restauración después de un fuego se debe enfocar en restaurar la función ecológica del paisaje, no sólo su apariencia, y se debe guiar por criterios científicos adaptados al contexto local.

Durante milenios, los grandes herbívoros y el fuego han conservado paisajes abiertos, variados y menos propensos a la inflamabilidad. La acumulación de combustible y el fortalecimiento de comunidades pirófitas han sido impulsados por la disminución del ganado extensivo y de prácticas como la trashumancia, la reducción de las áreas de distribución de herbívoros salvajes y la eliminación del fuego. La administración de bosques tiene que restaurar estos patrones de perturbación a través de la reintroducción de herbívoros silvestres, la restauración de corredores ecológicos, el pastoreo ambiental y las quemas prescritas. Esta unión entre fauna y fuego posibilita disminuir el estrés de los bosques, optimizar su salud y evitar megaincendios.

12. Adaptar el paisaje a un clima cambiante más propenso a grandes incendios forestales

La gestión forestal debe anticiparse a las consecuencias de las nuevas condiciones climáticas (de temperaturas más extremas, con rangos térmicos más cálidos y regímenes de lluvia con menores precipitaciones, pero mayor torrencialidad), adaptando el paisaje para que sea menos vulnerable al fuego y más resiliente frente a perturbaciones.

En las últimas décadas, el cambio climático ha aumentado la frecuencia e intensidad de los incendios forestales promoviendo incendios forestales de gran magnitud y severidad. En esta situación, no es suficiente con recuperar lo que se ha perdido: es necesario reorganizar el paisaje, ordenando y gestionando el territorio, atendiendo a sus potencialidades y requerimientos ecológicos y sociales, para que funcione en un contexto global más cálido y árido por la mayor evapotranspiración y menor disponibilidad de agua. Esto supone promover comunidades vegetales que sean resistentes o resilientes al fuego en las nuevas condiciones (aumentando la resiliencia ecológica) y romper la continuidad de la vegetación en horizontal y vertical de manera planificada con zonas estratégicas que funcionen como áreas con baja inflamabilidad con vistas al futuro. No se trata de una opción, sino de una necesidad apremiante para impedir que los incendios extremos se transformen en la nueva normalidad y nos lleven a situaciones de no retorno.

Octubre de 2025

La comunidad científica de FUEGORED